

FUNDACIÓN CULTURAL DEL BANCO CENTRAL DE BOLIVIA  
Año 9 | N° 26 | ISSN 2789-004X | septiembre-diciembre 2021 | Bs. 20

Revista cultural

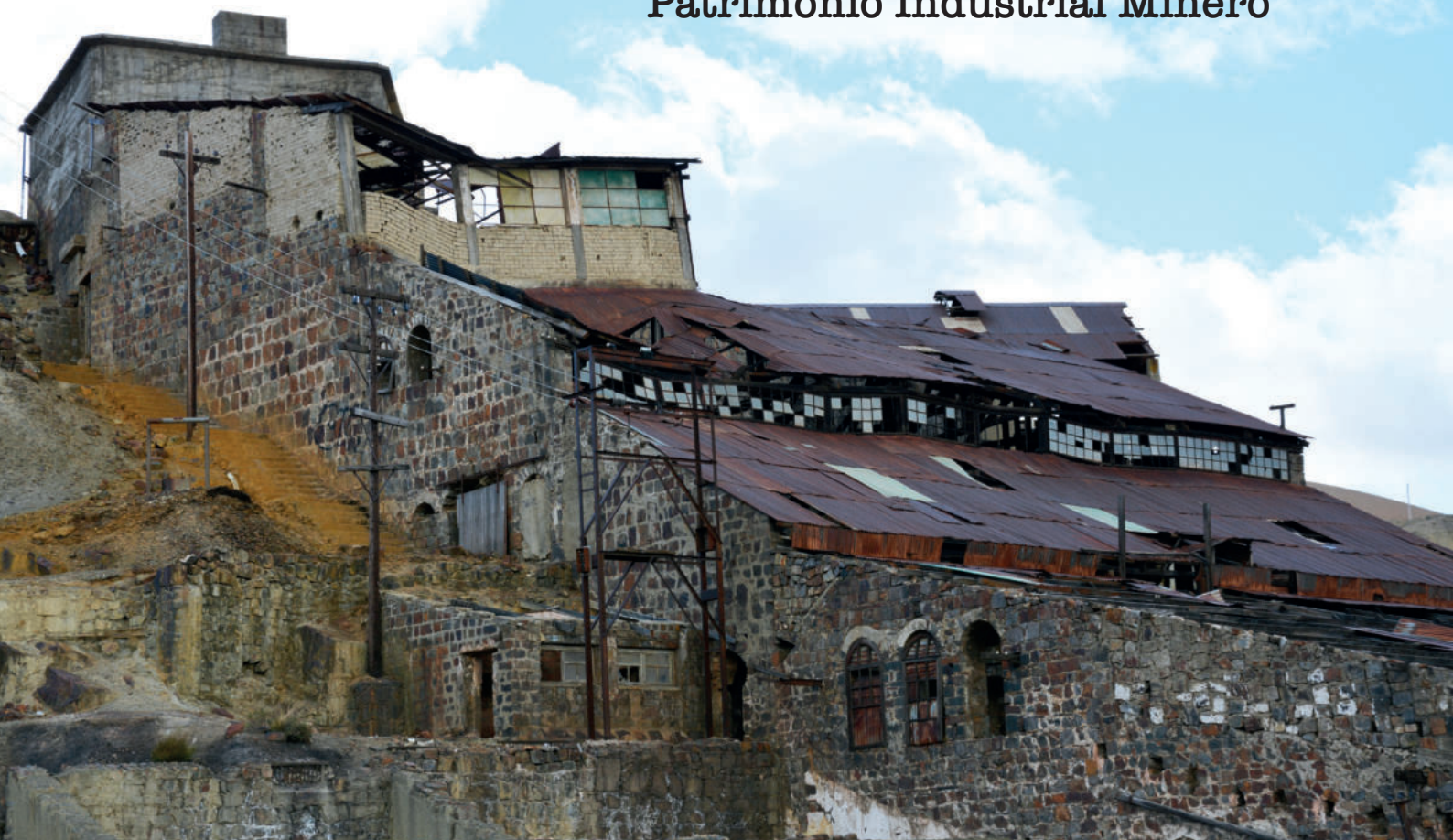
# PIEDRA

de agua

YAKU RUMI / UMA QALA / ITA-I

N° 26

## Itinerario Cultural del Patrimonio Industrial Minero



El pensamiento matraca del eterno  
retorno en la danza de la Morenada

El "jaguar" Alfredo Domínguez

Los enigmáticos galanos potosinos

Los archivos sindicales la memoria social  
del pueblo trabajador de Bolivia



El Museo Nacional de Arte (MNA) se proyecta como un repositorio que propone renovaciones anuales de su museografía, además de ser un generador e impulsor de exposiciones tanto anuales de nuestras colecciones como temporales. También tiene una serie de actividades derivadas de procesos propios de investigación y curaduría

**BANCO CENTRAL DE BOLIVIA**

Roger Edwin Rojas Ulo  
**Presidente a.i.**

Oscar Ferrufino Morro  
**Director a.i.**

Gumercindo Héctor Pino Guzmán  
**Director a.i.**

Gabriel Herbas Camacho  
**Director a.i.**

Diego Alejandro Pérez Cueto  
**Director a.i.**

**FUNDACIÓN CULTURAL  
DEL BANCO CENTRAL DE BOLIVIA**

Luis Oporto Ordóñez  
**Presidente**

Susana Bejarano Auad  
**Consejera**

Guido Arze Mantilla  
**Consejero**

Jhonny Quino Choque  
**Consejero**

José Antonio Rocha Torrico  
**Consejero**

Roberto Aguilar Quisbert  
**Consejero**

Willy Tancara  
**Director General**

**REPOSITORIOS NACIONALES  
Y CENTROS CULTURALES**

Máximo Pacheco Balanza  
**Director Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia**

Elvira Espejo Ayca  
**Directora Museo Nacional de Etnografía y Folklore**

Iván Castellón Quiroga  
**Director Museo Nacional de Arte**

Benjamín Condori Ortega  
**Director Casa Nacional de Moneda**

Mario Linares Urioste  
**Director Casa de la Libertad**

Edson Hurtado Morón  
**Director Centro de la Cultura Plurinacional**

Revista cultural

# PIEDRA de agua

JAWIR QALA / RUMIWAKU / ITA-I

Año 9 | número 26 | septiembre-diciembre 2021



📍 Fundación Cultural BCB  
@fundacióncultural.bcb  
@CulturaFCBCB  
Fundación Cultural BCB  
@fundacion\_cultural\_bcb

**Piedra de Agua**

Luis Oporto Ordóñez  
**Director**

David Aruquipa Pérez  
**Editor**

Susana Bejarano Auad / José Antonio Rocha Torrico  
**Comité editorial**

Michelle Del Castillo Del Castillo  
**Responsable de Comunicación**

Tania Prado Espinoza  
Gabriel Sánchez Castro  
**Diseño Gráfico**

Marcelo A. Maldonado  
Benjamín Chávez  
**Corrección de estilo**

Andrea Barrero  
**Traducción de textos al Inglés**

© Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia  
Calle Fernando Guachalla N° 476  
Zona Sopocachi, La Paz, Bolivia  
Teléfono: 2424148  
www.fundacionculturalbcb.gob.bo  
fundacion@fundacionculturalbcb.gob.bo

Butrón Impresiones  
**Impresión**

Fotos portada y contra portada  
Centro minero de Milluni: David Aruquipa Pérez

Depósito Legal: 4-3-41-13 P.O.  
ISSN: 2789-004X

Las opiniones expresadas son de exclusiva responsabilidad de los autores y no representan necesariamente la postura de la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia.



Entidad cultural del Estado Plurinacional que tiene por misión recuperar, fortalecer, proteger, custodiar, conservar, registrar, restaurar, promover y poner en valor el patrimonio cultural tangible e intangible bajo responsabilidad de sus repositorios. Gravitar en la dinámica presente de las culturas, desde el patrimonio de los pueblos conservado en los centros. Abrir espacios de intercambio igualitario entre las culturas que conforman la plurinacionalidad/diversidad. Estimular la producción cultural contemporánea como consecuencia de continuidades históricas. Fortalecer la investigación como detonante de las tres misiones precedentes. Generar diálogos de saberes y conocimientos entre los actores sociales y la FCBCB con el objetivo de precautelar la memoria en el proceso social.

Revista cultural  
**PIEDRA**  
de agua

JAWIR QALA / RUMI WAKU / ITA-I

Revista Cultural Académica de la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia, cuyo propósito es incentivar la investigación y promover la reflexión académica sobre el patrimonio cultural, documental e histórico por medio de estudios inéditos especializados que desarrollan temáticas referidas al arte, historia, literatura, museos y cultura, impulsando el desarrollo científico cultural en Bolivia y Latinoamérica.

# Índice

Presentación <i>Susana Bejarano Auad</i>	4	Investigación	
Editorial: Las bibliotecas mineras en la historia <i>Luis Oporto Ordóñez</i>	7	El pensamiento matraca del eterno retorno en la danza de la Morenada <i>David Mendoza Salazar</i>	62
	Dossier	Biografías	
La nueva Casa Real de Moneda Vicisitudes de su construcción <i>José Antonio Fuertes López</i>	12	Luis Ríos Quiroga, Custodio de la tradición <i>Analy Fuentes Caballero</i>	70
Origen de la morenada: La explotación de la plata como generador de la comunidad afroboliviana <i>Juan José Toro Montoya</i>	18	Horacio González: El hombre de las multitudes, director de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno (BNMM) <i>Marcel Bertolesi</i>	74
Los enigmáticos galanos potosinos <i>Glenn Stephen Murray Fantom</i>	24	El "jaguar" Alfredo Domínguez <i>Daniela Ángela Leytón Michovich</i>	80
El Complejo Industrial de la Patiño Mines & Enterprises (Incorporated) <i>Carola Campos Lora</i>	30	Narrativa	
El itinerario cultural del Patrimonio Industrial Minero de Bolivia <i>Flavio Escobar Gonzales</i>	40	La palliri de los desmontes Masacre en la pampa María Barzola Comer k'alapurka en Potosí <i>Victor Montoya</i>	86
Los archivos sindicales: La memoria social del pueblo trabajador de Bolivia <i>Luis Oporto Ordóñez</i>	46	Reseñas	
		Anales de la Villa Imperial de Potosí <i>Soraya Aramayo Serrano</i>	96

# Presentación

Susana Bejarano Auad\*

La publicación que tiene entre sus manos, corresponde al número 26 de la Revista Cultural Piedra de Agua, producida por la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia. Este número en particular es un recorrido por los diversos paisajes del patrimonio industrial minero, relatado en diversos lenguajes y géneros, por autores y protagonistas, venidos de diferentes lugares.

Itinerario que se inicia con José Antonio Fuertes, texto enfocado en el proceso de transformación de la infraestructura de la “nueva” ceca potosina, utilizando los registros de gastos de la construcción, intervención de equipamiento enmarcada en una fase de expansión colonial del capitalismo, que acarrió técnicos y especialistas del área hacia la Villa Imperial, los cuales ya habían intervenido en las transformaciones de otras casas similares en otras partes que estaban bajo la administración de la Colonia española.

Paralelamente, Stephen Murray estudia los rondos o piezas de presentación (*royals*), motivado por el intencionado descuido en las formas de acuñación de los “galanos” (monedas negras) de las cuales no hay mucha información en los libros de rieles, como ocultándolos de la contabilidad. Los mercaderes entregaban estos cospeles o prototipos, salidos de fundición para dárselos a los acuñadores, añadiendo un excedente. Por ordenanza de Felipe III (1610) las cecas peninsulares deberían ser labradas circulares y sin irregularidades. Sin embargo, en el mercado la prioridad era el peso y la ley de la moneda, y no así su forma, pues la riqueza provenía de la cantidad acuñada y no de la figura. Los galanos son reemplazados por la acuñada a “volante”, obligándose a los mercaderes a vender la plata directa a la ceca y no gestionar de manera directa

su trabajo con los hornaceros, el último año de su acuñación fue 1754.

Seguidamente, Juan José Toro se adentra a la carencia de mano de obra en el circuito de la minería potosina para analizar la infame comercialización de esclavos africanos, conectada a Potosí y Zacatecas, lazo que no habría ocurrido sino a razón de que la *m'ita*, trabajo por turnos en las minas, desestabilizó el trabajo en los Andes, puesto que, los indios preferían huir de sus comunidades que dejar sus vidas en la minería. Abolida la *m'ita* con la Ley de Burgos en 1512, las apertencias esclavistas no calcularon que al trepar los esclavos a las alturas se limitaban sus capacidades de trabajo físico, teniendo que bajarlos a los valles y yungas para ser utilizados en otras actividades, territorios donde impulsaron sus productos culturales, entre ellos, la morenada.

Así también, David Mendoza, escabullido en la sentencia de que “sin matraca no hay música, ni danza de la morenada” desmonta ciertos elementos ontológicos, culturales e históricos de esta maquinaria-mecanismo primordial para su baile. La matraca, para el autor, es una entidad ceremonial y de ritualidad que da pie a preguntas filosóficas respecto a su condición material y simbólica. El término de *a-muyu*, movimiento circular o eterno retorno (del ciclo agrícola y de la vida) permite entender la identidad socio-cultural, la estética y re-significar tiempo y espacio (*pacha*) enmarcando el devenir o cambio material, simbólico y espiritual que resalta en el poder de la fiesta.

Con el propósito de analizar la transformación industrial a nivel de infraestructura, equipamiento y sus consecuencias en la memoria histórica,

\* Consejera de la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia. [susanabejaranoa@gmail.com](mailto:susanabejaranoa@gmail.com)

empleando el concepto de patrimonio industrial minero, Carola Campos, detalla de qué manera los periodos socio-económicos incorporan elementos materiales y simbólicos a los sitios de explotación minera, enfocándose sobre todo en Llallagua y Uncía. En este estudio de caso los personajes, hitos y momentos conectados a la Patiño Mines and Enterprise fueron los que encabezaron la transformación territorial y de la vida cotidiana. En síntesis, la producción del espacio minero agolpa desde conflictos sociales y laborales, manifestaciones culturales, identidad y hábitos y formas de vida, siendo, el hallazgo de un filón de estaño (o veta) de alta ley nunca encontrado la que determinó el destino del paisaje y la forma de vida.

Entretanto, Flavio Escobar, pone en discusión algunos conceptos del patrimonio industrial minero, recuperando su condición material como inmaterial. De inicio, el autor hace énfasis en la revolución industrial y su papel transformador, y cómo además de sus efectos, infraestructuras (maestranzas, ingenios, instalaciones de transporte de mineral y habitaciones, etc.) que cambian el paisaje, es también creador de contenidos y formas culturales vivas que se expresan en el patrimonio cultural inmaterial (rituales, fiestas, danzas, etcétera), que, junto a los archivos, donde se ampara la memoria, construyen el itinerario cultural del Patrimonio Industrial Minero. Este tipo de trabajos otorgan insumos que dar respuestas a la situación de abandono y deterioro del patrimonio industrial minero ya que su puesta en valor, permite crear excedentes por su múltiple potencial económico, además de fortalecer la identidad del territorio.

Luis Oporto, se adentra al estudio de los vacíos historiográficos acerca del campo de lo nacional-popular en la historia de Bolivia. El artículo escudriña en las razones de esta ausencia, una de ellas es la falta de fuentes primarias. Para ello hace énfasis en la desaparición sistemática de las fuentes escritas debido a las requisas, incautación y destrucción de los recursos de la memoria, por los oscuros regímenes de la dictadura política o económica (DS 21060), imponiendo el cierre de los centros mineros y el abandono de los archivos. Además de esto, el monopolio ejercido por una élite intelectual que subyugada a las clases dominantes escribieron una historia de la nación en componentes de clase, é-

nico-racial y género. Un relato colonizado subalterniza y oculta el semblante popular del proceso de construcción y fortalecimiento del Estado. No obstante, existieron intelectuales orgánicos (Delgado, Bercelli y Lora) que con ahínco escribieron la historia de las reivindicaciones de lo popular, la apertura de espacios pedagógicos y de difusión de ideas (bibliotecas, centros de discusión y espacios de formación). De otro lado, está, también, el esfuerzo titánico de dirigentes mineros por el resguardo de distintas fuentes. Por último, la labor impulsada por las iniciativas de reconstrucción de la memoria histórica, como la creación del Sistema de Documentación e Información Sindical (SIDIS), Archivo Histórico de la Minería Nacional, el Censo de Archivos Mineros y el Taller de Historia Oral de la carrera de Historia de la UMSA, permitiendo congregar fuentes escritas y testimonios colectivos y de (auto) representación simbólica de los protagonistas que se convierten en un legado transcendental de la historia de lo nacional-popular de nuestro país.

Por otro lado, en la parte dedicada a las biografías se juntan potentes textos. Anay Fuentes, nos ofrece una emotiva semblanza en relación al tenaz, investigador de la literatura, tradiciones y folklore chuquisaqueño y boliviano Luis Ríos Quiroga, de quién se enfatiza su humor excepcional, irónico y crítico, quién resalta en aquella región del país por sus aportes a la revalorización de la cultura. Seguidamente, Marcel Bertolesi realiza una semblanza de Horacio Gonzalez, personajes que hizo de una biblioteca nacional un espacio de gestión del libro, el arte y las culturas, un refugio social donde compartieron espacio, provocadores filósofos (Agamben) y exposiciones enfocadas en fenómenos del rock argentino, como los Redonditos de Ricota y Spinetta, además de la gestión de una biblioteca que potenció su material bibliográfico a través de una revista. El relato inicia con un encuentro que tiene como causa la colocación de una placa en homenaje de “los trabajadores y trabajadoras de biblioteca asesinados y desaparecidos por el terrorismo de Estado”. Para finalizar, Daniela Leyton recurre a un manuscrito inédito de Agustín Leytón en torno a la obra de Domínguez. Un artista múltiple y subversivo, barroco a la vez que caníbal. Transgredió las fronteras nacionales, así como las artes, se movió por el grabado, la caricatura, la



guitarra, el canto y la composición, y desde su arte holló la estructura de clases sociales, otorgando una experiencia ontológica que trasciende la experiencia de la música y a todos sus involucrados (intérprete, melodía y oyente). Las artes de Domínguez se sublevan a las conceptualizaciones de la música culta, tradicional (folklórica) y popular e impulsan un mestizaje, fortalecido en los residuos de las identidades ancestrales a la vez que potencia la internacionalización del sujeto subalternizado. Juan Cutipa es eterno e interpolador.

Para cerrar, Víctor Montoya, nos ofrece una narrativa minera, en tres relatos a modo de crónica, que se desarrollan, viven y sienten en ese entorno. El autor, a la vez narrador, es interpelado por la realidad minera y las circunstancias de la vida en los campamentos. Por un lado, se narran elementos inmateriales propios de la memoria del pueblo, instancia donde el autor crea su identidad. La fuerza de los relatos desintegra las fronteras que separan la realidad de la ficción a través de un lenguaje potente. Entre líneas se relata el coraje y la resiliencia del pueblo ya sea ante la represión o frente al patriarcado salarial que arroja a las mujeres (palliris) a las peores condiciones de trabajo y de vida. Para, por último, recuperar un elemento del patrimonio gastronómico y alimentario una sopa espesa, o lawa, que acumula el legado de un pueblo: la k'alapurka.

En la sección de reseña, Soraya Aramayo, recupera las virtudes de los Anales, relatos cronológicos de la vida cotidiana que toman como base sucesos diarios, que permiten entender surgimientos y cambios en la sociedad. La reseña es de la obra de Bartolomé Arzans de Orsúa y Vela, escrita entre 1702-1736, que fue recientemente reeditada por la Casa Nacional de Moneda (2019-2020). Los Anales resaltan los ámbitos geográficos, así como, las pestes, los milagros de los santos, la formación del cabildo de Potosí, las guerras civiles entre vicuñas y vascongados. Es el documento más importante que relata las particularidades sociales, políticas, económicas, culturales y religiosas de la Villa Imperial de Potosí.

# Editorial

## LAS BIBLIOTECAS MINERAS EN LA HISTORIA

Generalmente las revoluciones sociales del mundo tuvieron como preámbulo la difusión y discusión de ideas por parte de élites ilustradas, que tenían dominio y control de la palabra escrita, expresado en la posesión y disfrute de nutridas bibliotecas particulares. “El conocimiento es poder” y ese poder fue empleado para sojuzgar y explotar. No obstante, desde el sector popular surgieron iniciativas esenciales para usar el conocimiento en la epopeya de liberación de los pueblos y naciones.

Lenin, reputado como uno de los políticos más interesados en el desarrollo de las bibliotecas, redactó más de 300 disposiciones legales, artículos o discursos para crear bibliotecas, definir su misión y normar el servicio de una Biblioteca Obrera. Surge con luz propia la bibliotecaria Nadezhda Konstantinova Krupskaya, esposa de Lenin, autora del *Sistema de Bibliotecas Socialistas Soviéticas*, abierta al pueblo a través de redes para la intercomunicación y el envío del libro a lectores de lugares apartados. En Nicaragua, Carlos Fonseca Amador (1936-1976), se nutrió de sus ideales en las bibliotecas de su país. Carlos Mariátegui siguió fiel en todo sentido el principio filosófico de Ho Chi Min: “No hay estudio útil sin la acción y no hay acción exitosa sin el estudio”, que hoy guía el accionar de la Biblioteca “Luis Adaniya”, en “honor al camarada Fuji”, fundador del centro político cultural del Partido Comunista del Perú “Patria Roja”.

En Bolivia, el Comandante Ernesto Che Guevara, llevó consigo su biblioteca ambulante, en plena campaña guerrillera. En las minas, los dirigentes mineros se formaron como cuadros políticos para impulsar el análisis crítico de la realidad, apoyados orgánicamente por los partidos políticos que enviaron a sus mejores valores a la escuela de cuadros de la extinta URSS, herencia de la antigua tradi-

ción de formación política impulsada por mandato de la III Internacional, que tuvo su época de auge en las décadas de 1920-1930. Dirigentes mineros de Bolivia como Walter Arancibia y Rosendo García Maisman, pasaron por aquella célebre Escuela de Formación de Cuadros Políticos.

Por su parte, los trabajadores de las minas protagonizaron una historia singular para acceder al conocimiento, concebido por la clase obrera como instrumento de lucha revolucionaria, independencia política y liberación económica. El ideal revolucionario para transformar la realidad minera estuvo a cargo de un puñado de militantes designados para impulsar la formación ideológica de las masas.

El pionero fue Trifonio Delgado González (1910-1977), cronista y documentalista de Uncía y Llagua, genuino obrero intelectual subversivo, militante de la izquierda anarquista, que usó la palabra y la pluma como poderosos instrumentos para denunciar injusticias y plantear propuestas. Sus ideales se expresan en sus aforismos: “todo hombre libre es un rebelde, todo buen intelectual es un anarquista” y “la opinión es una bandera”. Cultivó una sorprendente biblioteca, cuyos títulos demuestran su actualidad y variada temática, arsenal que nutrió su conocimiento. Leyó a José María Vargas Vila, Miguel de Unamuno Albert Camús, Rómulo Gallegos, Edoardo Crema, cita por igual a Santa Teresa, Azorín, Baroja, y Joan Miró. Leyó a “Pacha” Diez de Medina, pero muestra preferencia por “las plumas fuertes y decididas, el lenguaje transparente, descarnado y diseccionador de Tristan Marof. Augusto Céspedes, Franz Tamayo, Arguedas, Reynaga, sin descuidar a Guillermo Lora, Néstor Taboada Terán, “Chueco” Céspedes o Ramirez Velarde. Los quechuistas fueron una delicia. Desfilan Juan Wallparimachi, Jesús Lara, José David

Berríos, Luis Felipe Beltrán, Joaquín Gantier “y una serie de trovadores, muchos de Cochabamba, Sucre y el Norte de Potosí”. Con José Fausto Reynaga, integró el “Bloque de Obreros Intelectuales Avance”. Con Federico Albarracín, escribía en *La Mañana*, *La Patria* y en algunos periódicos obreros. Su grupo íntimo de lectura y debate, estaba conformado por Alberto Guerra Gutiérrez, Efraín Morote Best y Fernando Berthin Amengual.

Muchos dirigentes sindicales cultivaron bibliotecas políticas cuyo conocimiento emplearon en las luchas sindicales y políticas, entre ellos Federico Escobar Zapata (1924-1965), quien devoraba obras de escritores rusos como *La Madre* de Máximo Gorki, *Flores de la Vida* de Makarenko, *Cuestiones de Leninismo* de J. Stalin y del poeta y vanguardista boliviano, Luis Lukšić, *Cantos de la ciudad y el mundo*, que formaron parte de su incipiente y selecta biblioteca. Walter Arancibia Ayala “Abel” (1941-1967), joven cuadro revolucionario que integró la guerrilla del comandante Ernesto Che Guevara (cayó en Vado del Yeso el 31 de agosto de 1967) se dotó de una selecta biblioteca sobre marxismo y materialismo histórico.

Artemio Camargo Crespo (1948-1981), en su época estudiantil “integró un ‘Grupo de Estudio’ de la Democracia Cristiana Revolucionaria, allí reproducía textos de marxismo, en la fotocopiadora de la Jefatura de Distrito de Educación, para el resto de la militancia”. Afecto a la lectura y a escribir, organizó una biblioteca de formación política. En la mina, usaba los libros de su biblioteca en su labor de agitador político. Tenía obsesión para mantener informadas a las bases mediante publicaciones como *Primera Punta*, *Boletín Sindical Minero*, *Bolivia Libre*, *Silico* y *Táctica General del Movimiento Popular* (de su autoría).

Natalio Mamani Calle “El Gran Natalio” (1928-1991), líder de la mina de Milluni, formó dos bibliotecas. La primera tuvo trágico final, pues a raíz de la persecución del Gobierno del Gral. René Barrientos, ingresó a la clandestinidad y el dueño de casa, temeroso por una posible requisa, trasladó los libros a Tiahuanaco donde los sepultó, desintegrándose con el tiempo. La segunda sobrevive en la casa de su familia, con títulos como: *Historia del Movimiento Obrero boliviano* y *La clase obrera en el proceso*

*político* (G. Lora), *Mito y realidad de la industrialización en Bolivia* (A. Canelas), *El Poder Indio* (F. Reynaga), *100 años de lucha obrera* (T. Delgado), *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (V. Lenin).

Los sindicatos mineros tempranamente politizados, crearon bibliotecas en los sindicatos de las empresas mineras, con colecciones de política y cultura general, a las que consideraban instrumentos de liberación, destinadas a la formación política e ideológica de sus huestes revolucionarias. Los poderosos sindicatos mineros formaron bibliotecas con sus propios recursos, sobre la base de cuotas descontables por planilla, formando bibliotecas muy bien dotadas y actualizadas, en las que se conjunció ciencia (teoría-estudio) y revolución (praxis-acción). Los sindicatos instruyeron la adquisición de obras de autores nacionales de contenido social, como *Belzu* de Fausto Reinaga, *El Precio del Estaño* de Néstor Taboada Terán, *Crónicas Potosinas* de Vicente G. Quezada y *Nacionalismo y Coloniaje* de Carlos Montenegro. Un excelente ejemplo de esa época heroica es la Biblioteca del Sindicato de Trabajadores Mineros de Colquiri, que sobrevivió al cierre de minas dispuesto por el DS 21060 y hoy sirve como testimonio de lo que leyeron los mineros del proceso de la revolución nacional de 1952.

Paralelamente organizaron centros de formación política e ideológica y bibliotecas especializadas, en los que se discutían temas de coyuntura. El célebre Grupo de Estudio “Lincoln-Murillo-Castro”, organización juvenil de solidaridad con Cuba y la lucha de Fidel Castro, para la formación política, fue fundada por W. Arancibia, L. Rojas, R. Fuentes, el “Sullu” Herbas y otros, en Siglo XX, inmediatamente después del triunfo de la revolución cubana. Era en los hechos el frente juvenil del Partido Comunista de Bolivia.

Dos periódicos políticos de amplia aceptación en los centros mineros: *Masas* del Partido Obrero Revolucionario POR (1954) y *Unidad* del Partido Comunista de Bolivia PCB (1950) divulgaban el ideario socialista en los campamentos mineros, labor a cargo de militantes, a los que la empresa los calificaba como “agitadores sociales”, que recorrían las calles de tierra de los campamentos mineros, tocando puertas a primeras horas de los domin-

gos, leyendo los titulares. En cada hogar obrero, así como en los sindicatos y células de formación política, existían sendas colecciones de estos periódicos incendiarios.

Frente a todos esos ejemplos de adquirir conocimiento, la Biblioteca Política de una dirigente de la Asociación de Amas de Casa Mineras, es sorprendente. Llamada por compañeras y familiares como “Jeroma”, es viuda de Valerio Romero, maestro de formación comunista que trabajó en las escuelas de la Corporación Minera de Bolivia, desde 1953. Jeroma se crió en la casa de su tío Juan de la Cruz Jaldín, empleado de la Empresa del Ferrocarril Machacamarca-Uncía, ‘motorista’ responsable del tren metalero. Hombre con inclinaciones socialistas, había incursionado en la dirigencia sindical, siendo Secretario Ejecutivo del Sindicato. Como parte de su formación sindical y política acopió libros con los que formó una incipiente biblioteca. Jeroma que asistió a la escuela hasta el 5° de primaria descubrió en el hogar de su tío su afición por la lectura y aprendió el ABC del comunismo y el socialismo, en los libros de aquella biblioteca sindical. Posteriormente, su esposo Valerio la apoyó en la lectura de los clásicos del marxismo. Durante el barrientismo (1964-1969). El servicio de seguridad del Estado buscaba a Valerio y Jeroma, quienes se refugiaron con parientes y personas de buena voluntad, pero ella tenía mucho cuidado con los libros de su biblioteca y antes de escapar los enterraba —muy bien protegidos— en el patio de su casa. Después de mucho tiempo, desenterró los libros intactos que ahora engrosan su Biblioteca Política.

Esta singular mujer, dirigente nata, tuvo a su cargo la conducción del Comité de Amas de Casa de

Siglo XX, en la época del “Control Obrero con derecho a veto”, que ante el apresamiento de los dirigentes sindicales mineros, motivó movilizaciones sociales en las minas, que eclosionó con la toma de rehenes extranjeros, custodiados por las Amas de Casa de Siglo XX. Su sorprendente Biblioteca Política reúne obras de literatura clásica boliviana de carácter social como las de J. Lara, F. Reynaga, A. Céspedes, G. Lora, obras clásicas de Dumas, Gorki, Makarenko, Lenin. A su vez que practicaba el arte de la lectura todos los días, guardaba sus libros en dos ambientes de su casa, en estantes que combina con retratos de sus hijos, de su esposo, de sus héroes socialistas.

En tanto, Domitila Barrios de Chungara, coleccionó un archivo con documentos sindicales del Comité de Amas de Casa de Siglo XX. En las luchas sociales de los mineros de Bolivia, las Amas de Casa eran pieza fundamental en la resistencia. Cuando los esposos caían presos ellas eran la única garantía para evitar que fueran aislados, exiliados o asesinados, engrosando la lista de desaparecidos políticos. La seguridad alimentaria de los hogares mineros dependía de la capacidad de movilización de las Amas de Casa para lograr que la empresa mantenga los almacenes de las pulperías abarrotadas con productos de primera necesidad. Su labor fue incomprendida por los propios mineros, que desconfiaban de la labor de sus esposas, a quienes frecuentemente acusaban de infidelidad, como recuerda Jeroma.

La adquisición de conocimiento y el uso de información para transformar la realidad, fue una de las páginas gloriosas de la clase obrera.

Luis Oporto Ordóñez  
Director